



**Mi vida
en el paraíso**

**M.^a Carmen
de la Bandera**

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2006, M.^a Carmen de la Bandera

© 2006, Editorial Casals, S. A.

Tel.: 902 107 007

www.editorialbambu.com

www.bambulector.com

Diseño de la colección: Estudio Miquel Puig

Diseño de la cubierta: Estudio Miquel Puig

Tercera edición: febrero de 2013

Primera edición en Editorial Bambú

ISBN: 978-84-8343-244-0

Depósito legal: B-319319-2012

Printed in Spain

Impreso en Anzos, S. L.

Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

1. Los primeros tiempos

Una nube de felicidad me hizo flotar durante los primeros días que viví en Madrid. Seguro que los espíritus de mi abuelo, de mi madre y otros igualmente buenos, que siempre me acompañan, quisieron compensarme los sufrimientos pasados. Comenzaba el mes de abril. Era primavera en Madrid, aunque para mí, acostumbrado a las temperaturas africanas, hacía frío. Sin embargo, todo el mundo celebraba el buen tiempo.

Durante dos semanas viví en casa de Juan y Margarita. Dio la casualidad de que tenían vacaciones, por lo que me dedicaron su tiempo íntegro. Con Juan no tenía problemas porque me conocía bastante, vivió conmigo el abandono de la casa de mi padre, la soledad que sentí cuando murió mi abuelo y los arrebatos de rabia que, a veces, me nublaban la razón. En cuanto a Margarita, al principio su presencia me intimidaba, a pesar de que se esforzaba por mostrarse cariñosa. Poco a poco mis temores fueron desapareciendo, porque

es más fácil acostumbrarse a sentir el cariño de los demás que sufrir el vacío y el abandono. Un día se presentó con un gran mapa de Camerún en el que se leía con toda claridad el nombre de Kongle, mi aldea. Era la primera vez que veía ese nombre escrito en un mapa; sentí una gran alegría porque comprobé que era algo más que un nombre grabado en mi memoria. Lo colocó en un sitio destacado del cuarto que ocupaba; este gesto acabó con todos mis recelos hacia ella.

El mundo en el que yo había vivido era tan distinto de lo que tenía ahora, que tuve que hacer un gran esfuerzo para adaptarme y cambiar mis hábitos. Mis pertenencias eran tan escasas que pronto estuvieron acomodadas en el ropero del que sería mi cuarto cada vez que estuviese en aquella casa. La cama estaba cubierta con un edredón de flores de colores fuertes y un tacto tan suave que, cuando nadie me veía, acariciaba encantado. Completaban el mobiliario de mi habitación una mesita con una lámpara azul y una silla con ruedas. El pequeño cuarto de aseo fue para mí solo y pronto me acostumbré a la ducha mañanera, de la que salía limpio y perfumado dispuesto a gozar de lo que me deparase el día.

Dedicamos la primera semana a descubrir parte de Madrid, y digo parte porque Madrid es tan grande, que es imposible conocerlo todo en unos días. Margarita se encargó de renovar mi vestuario: pantalones vaqueros, camisetas y camisas de última moda. Como ya llevaba algún tiempo fuera de la sabana africana, me había acostumbrado a caminar con calzado deportivo, aunque añoraba poder correr con los pies descalzos. Fuimos a remar al lago del Retiro, visitamos el Museo de Cera, caminamos por las calles, no me cansaba de ver escaparates y me asombraban las cosas que se expo-

nían en ellos; me preguntaba si alguna vez podría comprar algo de aquello. En los grandes almacenes me encantaba subir y bajar por las escaleras mecánicas. En una de nuestras visitas a unos grandes almacenes, me detuve en la sección de deportes y pregunté a Juan si podía tocar un balón de fútbol de reglamento. «Es muy caro», me respondió. «Ya lo sé; solo quiero tocarlo y comprobar cómo bota». Mi pasión por el fútbol se despertó, sobre todo, en los días en que fui niño de la calle en Tánger. Con el Manco y su pandilla me colaba en los bares y me quedaba quieto para no molestar y, así, poder ver los partidos que televisaban. Estaba enterado de la composición de los principales equipos españoles, de la marcha de la liga, del dinero que ganaban los jugadores. Al atardecer, en la playa, organizábamos partidos. Todos alababan mi destreza con el balón en cualquier lugar del campo que ocupara; decían que soy rápido en los regates y duro en los lanzamientos. Mientras botaba el balón pensé en mi ídolo: Samuel Eto'o, camerunés como yo, nacido en Nkon, cerca de Douala. Conozco bien los dos sitios; no están muy lejos de mi aldea. Él es jugador de primeros equipos; ha llegado a la gloria. ¿Y yo? ¿Podría llegar tan lejos como él? Ganas no me faltan, pero... ¡también es bonito soñar!

Comíamos en casa, donde me enseñaron a manejar los cubiertos, lo que me resultó muy difícil, ya que siempre había comido con las manos; lo peor fue usar el tenedor y el cuchillo a la vez.

—Mañana tenemos que madrugar. En los días que nos quedan de estar juntos quiero que conozcas algunas de las ciudades que están cerca de Madrid. ¿Qué te parece si vamos a Segovia? —me preguntó Juan.

Tardé en responder, porque en ese momento caí en la cuenta de que quedaban solo cuatro días de sus vacaciones, después de los cuales yo debía ingresar en el centro de acogida La Merced. En todo el tiempo que llevaba con ellos no había querido pensar en la separación para no destruir la nube de dicha que me rodeaba.

–Me parece bien –respondí, sin más.

–Creo que no te hace demasiada ilusión –intervino Margarita.

–Todo lo que estoy viviendo, todo lo que hacéis por mí es maravilloso, pero me da pena que termine.

–Diko, no pongas las cosas difíciles; ya sabes que eso era lo acordado.

–Lo comprendo, pero comprendedme también a mí.

–Ahora no pienses en nada y disfruta del momento. Ya verás cómo todo es mucho más fácil de lo que imaginas.

Tardé en dormirme; aunque los fantasmas, los espíritus de las personas a las que tanto mal hice cuando fui niño de la guerra, quisieron amargarme la noche, pero no lo consiguieron.

Nos encaminamos hasta la estación de Atocha muy temprano. Mientras esperábamos la llegada del tren, di una vuelta por la zona en la que están las plantas tropicales. Entonces recordé mi primer día en Madrid, cuando leí: «Madrid. Puerta de Atocha», y allá que me colé sin saber lo que era ni dónde estaba; recordé la impresión y el miedo que sentí al ver tanta gente caminando apresurada de un lado para otro, tantos trenes entrando y saliendo constantemente, altavoces que decían no sé qué. Los recuerdos se agolpaban en mi memoria

cuando Margarita me cogió de la mano: «Vamos, que ya tenemos los billetes», me dijo en tono cariñoso.

El paisaje corría con demasiada rapidez a través de la ventanilla. Juan y Margarita se reían de mi cara de asombro. Ya en la ciudad castellana, visitamos en primer lugar el acueducto. ¡Qué maravilla! Me explicaron el uso que le daban los romanos, cómo lo construyeron y sus siglos de antigüedad. ¡Cuánto sabían los romanos! Después fuimos al alcázar, a la catedral... ¡Eso sí que era un templo y no el de La Misión! Cansados de tanto andar y ver, por fin llegó la hora de comer. Tenía hambre. El restaurante elegido estaba cerca del acueducto. Nunca había comido en un sitio tan lujoso; me sentí algo apurado por si mi comportamiento no estaba a la altura de las circunstancias. Juan había reservado mesa. Un camarero nos acompañó hasta nuestro sitio. Todas las mesas estaban ocupadas. Una vez que estuvimos sentados, me quedé sin palabras. Seguro que mi abuelo se alegraría al ver que me trataban como a un señor. Después de una ensalada, presentaron el cochinillo. El camarero preguntó si lo partía. Ante la respuesta afirmativa de Juan, cogió un plato y con el borde lo golpeó hasta que el animalito asado quedó hecho trozos. Esperé a que los demás comenzaran, porque yo no sabía cómo meterle mano a aquello.

–Venga, hombre, empieza a comer, porque tiene un aspecto estupendo –me animó Margarita.

Sin más, comencé a comer pero, en vista de mi poca destreza con el tenedor y el cuchillo, cogí con la mano el hueso de la pata y no paré de darle mordiscos hasta que estuvo tan limpio que casi relucía. Chuperreteé los huesos de las costillas uno a uno, deleitándome con aquel manjar inesperado.

Juan y Margarita hablaban entre ellos pero yo no les hacía caso; estaba disfrutando a lo grande con aquel banquete.

–¿Qué quieres de postre? –me preguntó Juan.

–No sé, lo que te parezca –respondí, pues no creía que pudiera comer más.

Sí que pude. Tomé un buen plato de arroz con leche.

A la salida del local decidimos dar un paseo, antes de coger el tren de regreso, para digerir un poco la comida de aquel banquetazo.

–¿Qué tal? –me preguntó Margarita.

–Esto es demasiado –la miré mientras pensaba que quizás mi madre habría sido como ella. ¡Qué pena no haberla conocido!

2. La Merced

El día previo a la despedida de mis amigos estuve triste; no salí de la habitación, apenas comí, no tenía ganas de hablar con nadie. ¿Emprender una nueva vida? Estaba cansado, pero no había otra salida. Muy pronto Margarita y Juan harían un nuevo viaje.

Por la tarde coloqué parte de mi ropa en una bolsa que ellos me habían regalado. En la tele había un programa en el que aparecían chicos de mi edad, más o menos, que tenían conflictos con sus padres. Me reía pensando que yo también tuve encontronazos con mi padre. En eso me parecía pero, claro, ellos disfrutaban de muchas más cosas que yo. Esa tarde miraba sin ver; absorto en mis pensamientos, nada me agradaba. No cené. En silencio, me dispuse para ir a la cama.

–Buenas noches –dije, sin más.

–Espera, Diko, tenemos que hablar. Siéntate –me dijo Juan muy serio.

–De acuerdo –le dije obedeciendo su orden.

Quedamos los dos frente a frente. Margarita se afanaba en la cocina, pero estoy seguro de que estaba pendiente de nuestra conversación.

–Mira, Diko, comprendo que estés triste porque tienes que marcharte. Durante estos días nos hemos esforzado para que lo pasaras lo mejor posible. Queríamos compensarte, en parte, por todo lo que has sufrido. No creo que tengas ninguna queja.

–En absoluto; nunca podré pagaros lo que estáis haciendo por mí –respondí con los ojos llenos de lágrimas.

–Ya se lo he comentado a Margarita. Quizás no hemos hecho lo correcto.

–¿Por qué? –dije sorprendido–. ¿Es que solo debo sufrir?

–Ni mucho menos. Tienes derecho a pasarlo bien más que cualquier otra persona, pero esta no es la vida que te espera. Quiero hablarte con claridad para que no te sientas engañado: estás en un país extranjero, eres de otra raza y puede que, en algún momento, eso te cree dificultades.

–No soy ningún delincuente.

–Naturalmente que no lo eres. Eres un chico inteligente y maravilloso, te conozco y no tienes que convencerme de nada. Pero hay gente que no lo cree así; afortunadamente son pocas las personas que consideran que el color de tu piel te hace diferente, pero esas personas existen y mi obligación es advertirte para que sufras lo menos posible. «El paraíso», como tú lo llamas, no es tan bueno. Tendrás que prepararte y trabajar mucho para situarte en esta sociedad. No es un camino fácil. Te repito que la vida de estos días ha sido excepcional, tanto para ti como para nosotros. Ahora debemos marcharnos a continuar nuestro trabajo. La verdad

es que nos gustaría quedarnos, pero si queremos disfrutar de ciertas comodidades, las tenemos que pagar yendo donde nuestra empresa nos mande, y eso que nosotros somos unos privilegiados, porque nuestra labor nos gusta, mientras que hay mucha gente que no tiene esa suerte. Mañana irás a La Merced; será tu nueva casa. Ya conoces al padre Andrés; no obstante, te acompañaré. Allí te ayudarán en lo que haga falta. Seguramente te matricularás en algún colegio.

–Me da vergüenza, porque apenas sé leer y escribir. Fui al colegio durante muy poco tiempo. Casi todo lo que sé me lo enseñaste tú en Kongle. ¿Recuerdas?

–¡Cómo no voy a acordarme! Por eso sé que eres inteligente. Si me hubieras hecho caso y te hubieras quedado en La Misión, donde yo te dejé, ahora no tendrías este problema.

–Es muy fácil decir eso –dije con rabia–. Tú viniste a España; yo creía que nunca volverías. El maestro era un bami-
leke insoportable y orgulloso como todos los de su etnia; solo se ocupaba de los que eran como él que, a su vez, se reían de mí porque era un ignorante dowayo, según ellos. Ya me había pasado en la escuela de Poli, donde me enfrenté con unos fulani que no me dejaban en paz. Entonces recordé la promesa que me hizo el señor Ibrahim, el comerciante de oro, para salir de la miseria. Fui en su busca. Lo demás, ya lo sabes.

–No te enfades. Lo que he querido decir es que desaprovechaste una ocasión; no pasa nada, aún eres muy joven y ahora se te presenta otra oportunidad para que te prepares y aprendas un oficio. De esta manera, cuando tengas dieciocho años, que es la mayoría de edad en España, podrás encontrar un trabajo y regularizar tu situación. Tienes una gran ventaja con la que no cuenta la mayoría de los chicos

que vienen a España como tú: conoces el idioma, hablas francés y chapurreas inglés. Eso ya es mucho.

–Yo quiero ser futbolista como mi paisano Eto’o.

–¡Vaya, chico, apuntas alto! –dijo Juan, aguantando la risa.

–¿Por qué te ríes? Él era como yo, y mira dónde ha llegado.

–De acuerdo, pero ahora deja tu nube y pisa la tierra.

Aprende todo lo que puedas y, más adelante, veremos.

Seguimos bromeando hasta que mi semblante cambió. La charla sirvió para serenarme y, como dijo Juan, para salir de la nube de felicidad en la que estaba y tomar contacto con la realidad. Dormí bien y al día siguiente mis amigos me acompañaron a La Merced.

La Merced la dirigen los Padres Mercedarios. Nos recibió el padre Andrés, el director y amigo de Juan.

–Bien, chico, esta será por ahora tu nueva casa –me dijo tras un saludo cariñoso–. Nosotros formamos una gran familia y espero que te adaptes bien a ella. Te ayudaremos en cuanto podamos, pero tú tendrás que poner de tu parte.

En su despacho nos explicó el funcionamiento del centro. Incluyéndolo a él, en La Merced hay tres religiosos; los demás no lo son, son seculares: seis educadores, dos secretarías y el personal de cocina y limpieza. Hay doce chicos de distintas nacionalidades, menores y sin familia en España. Todos colaboran en la limpieza y el orden del centro. Pueden salir libremente, pero han de respetar los horarios.

–Poco a poco te irás enterando de todo; por eso no te preocupes. Ahora los chicos están en clase; te los presentaré cuando vuelvan y seguro que haces amistad con ellos. Vamos, te enseñaré tu habitación y el resto de la casa.

A la entrada había un pequeño jardín con algunas macetas bien cuidadas. En la planta baja estaban la secretaría, la sala de la televisión, el comedor y la cocina. En la primera planta vimos los dormitorios; había tres, con espacio suficiente para cuatro camas y un ropero. También había un cuarto de estudio con tres ordenadores y los baños. En la segunda planta solo vi el despacho del padre Andrés, los baños y una terraza que daba a la calle.

Terminado el recorrido, durante el cual Juan y Margarita hacían comentarios sobre lo bien que iba a estar allí, dejé mi equipaje en uno de los dormitorios. Nos sentamos nuevamente en la sala de la televisión.

–Creo, Diko –habló nuevamente el padre Andrés–, que, como estamos en abril, ya no encontraremos plaza en ninguno de los centros en los que se aprenden oficios. Sería más conveniente que fueses a un colegio normal para que avanzaras con la lectura, la escritura y algo de cálculo. Te vendría muy bien. Como conoces el idioma, ya tienes mucho trabajo adelantado. Cerca de aquí hay un colegio muy bueno y no tendrán inconveniente en admitirte. ¿Qué te parece?

–Bien –respondí, y fue la primera palabra que pronuncié desde que nos saludamos.

–Aquí lo tienes todo pagado. Guarda esto para algún capricho –me dijo Juan mientras me daba cincuenta euros.

Intenté rechazarlo, ya habían hecho bastante, pero él insistió. Los tres nos despedimos con un fuerte abrazo.